

MIGRACIONES, ESTEREOTIPOS Y PREJUICIOS AYER Y HOY: EL CASO ITALIANO

MABEL OLIVIERI *

El artículo describe y documenta los prejuicios y estereotipos de que fueron objeto, durante el siglo pasado y el actual, los emigrantes italianos; no solamente en los países receptores, sino también en la misma Italia por parte de otros italianos (políticos, hombres de letras, profesionales), cuyo orgullo nacional se veía herido por el desprestigio de las comunidades italianas en el exterior. Asimismo, delinea una comparación entre los estereotipos de los cuales fueron víctimas los emigrantes europeos y los que recaen actualmente en Europa sobre los inmigrantes extranjeros, subrayando el rol desempeñado en estos procesos por los nacionalismos de los países de expulsión y acogida.

This article describes and documents the prejudices and the stereotypes applied to the Italian emigrants during the last and the present century, not only in the receiving countries but also in Italy itself from other italians (politicians, men of letter, professionals) whose national pride was hurted by the shame of the Italian communities abroad: it draws a compa-

* Universidad de Turín.

risión between the stereotypes against European emigrants and those that today fall on the foreign immigrants in Europe; it underlines the role played in these events by both nationalisms, from the expelling and receiving countries.

1. ESTEREOTIPOS Y PREJUICIOS EN LOS MOVIMIENTOS MIGRATORIOS

La interacción entre población residente y nuevos llegados, entre nativos y alógenos, constituye un escenario privilegiado para la construcción y la manifestación de estereotipos y prejuicios.

El presente trabajo, anticipando el itinerario de una vasta investigación, se propone delinear brevemente los estereotipos y los preconcepciones que acompañaron a los italianos en el exterior en el período de la gran emigración. El prejuicio era doble porque muchas veces otros italianos, entre los cuales no solamente los que se quedaron en casa, han compartido los juicios negativos hacia el emigrado.

Hacia el final del siglo XIX, los primeros italianos arribados a la Argentina, por ejemplo, inmigrantes piamonteses, lombardos o friulanos, fueron los críticos más feroces de los sicilianos, campanos o calabreses, llegados en un período sucesivo; actuaba una discriminación de carácter regional hacia la *gente de la baja Italia*, considerada en su totalidad *vagabunda* o, peor aun, *delincuente*.

Una actitud similar de discriminación territorial nos parece que se encuentra en los conceptos expresados, en nuestros días, por el escritor magrebí Tahar Ben Jelloun, cuando nos indica que los marroquíes analfabetos que se apostan en los semáforos en algunas ciudades italianas,

«En su mayor parte vienen de las ciudades de las minas de fosfato de Khourigba. Se reconocen por la dentadura

en pésimas condiciones. La gente de Khourigba tiene los dientes amarillos y rotos a causa del agua de esas ciudades. Los que llegan a Turín son en general obreros retirados (*sic*) que redondean la pensión lavando los parabrisas o mendigando. Algunos se ahogan en el alcohol. Otros se convierten en vagabundos.

Toda inmigración legal es seguida de parásitos, gente sin escrúpulos o simplemente pobre gente que no se da cuenta del mal que hace»¹.

Los prejuicios que se generaron y se desarrollaron en Italia a partir de los años ochenta de este siglo contra los inmigrados extranjeros coinciden, a veces, con algunos de los prejuicios de los cuales en el pasado los emigrantes europeos, especialmente los italianos, fueron objeto en los países de inmigración. Y no se trata solamente de la emigración italiana hacia las Américas, sino también de la emigración que tuvo como meta otros países europeos: Suiza, Francia, Alemania, Bélgica.

Recordar todo esto no implica absolutamente quitar importancia, y tanto menos justificar, el proceso que, con características de creciente gravedad, se está generalizando en Europa. Al contrario, auspiciamos que en alguna medida pueda contribuir a ilustrar la construcción instrumental de los prejuicios.

Advertencia: las analogías entre la narración de las condiciones de vida de los emigrantes europeos y las crónicas periodísticas actuales relativas a los extranjeros en Europa no deben considerarse puramente casuales.

2. ¿INCOHERENCIAS CIENTÍFICAS?

La gran cantidad de estudios recientemente realizados, el número de las personas involucradas en el análisis de la presencia extranjera en Italia —un fenómeno nuevo, toda-

¹ *La Repubblica*, 28 de mayo de 1995, en la crónica de Turín.

vía en evolución y de una entidad cuantitativa y cualitativa bastante exigua— superan, en una relación de al menos uno a cien, la producción y el contingente de los investigadores que desde hace casi un siglo y medio se han acercado, en cambio, al problema de la emigración.

Consideramos «irrelevante» la presencia extranjera en Italia, no solamente porque supone menos del 2 por 100 de la población residente, sino también porque su capacidad de incidir sobre los procesos sociales, políticos, económicos del país es aún más limitada. En particular, no es superfluo recordar que en poco más de un siglo partieron de Italia casi treinta millones de ciudadanos, dando origen a una secuela de cambios estructurales, estos sí, para nada marginales. Efectivamente, el éxodo partió desde casi todas las regiones, si bien en el primer período, como se decía antes, el aporte predominante fue hecho por las regiones septentrionales (inicialmente marineros lígures, después campesinos lombardos, piamonteses, vénetos).

Tanto en Italia como en los países de inmigración, a intermitencia, se ha desarrollado una vasta bibliografía que privilegia el interés geográfico (regiones o países de origen o de llegada), y parte desde allí para analizar los actores sociales involucrados (las mujeres, las familias), los asuntos económicos (la cuestión meridional, las remesas, el impacto del éxodo sobre la producción agrícola), las premisas políticas (nacionalismo y expansión colonial), los problemas del educación, sanitarios, etc. Mucha de esta producción, mucho más extensa en el extranjero que en Italia, asume, sin embargo, un carácter esencialmente localista y, en general, considera solamente aspectos parciales del problema.

Como justamente observaba en los años sesenta de este siglo una escrupulosa estudiosa italiana del fenómeno, *la emigración no tuvo nunca la fortuna de ser objeto de estudios prolongados y desinteresados*².

² DORE, G., *La democrazia italiana e l'emigrazione in America*, Brescia, Morcelliana, 1964, p. 385.

En efecto, más allá de los tres o cuatro apreciables trabajos publicados hacia el final de los años setenta³, el imponente evento no ha conocido todavía la fortuna de un análisis global que permita penetrar en los meandros sociales, políticos, económicos y, por qué no, psicológicos de la materia.

3. ALGUNAS SEÑALES SOBRE LA IMAGEN DEL INMIGRANTE ITALIANO

3.1. Vivienda, trabajo, sanidad

En los países de arriba, el inmigrado italiano era apreciado por su ductilidad; era, generalmente, quien se aplicaba con éxito a los trabajos más variados y distantes de los que habitualmente realizaba en patria.

Era, además, quien se adaptaba a habitar en condiciones inaceptables no solamente para los nativos sino también para las otras comunidades extranjeras.

En un artículo publicado en los años iniciales del presente siglo, Luigi Einaudi reflexionaba sobre las condiciones del emigrado italiano en Suiza.

³ Uno de los escasos trabajos que tratan globalmente de la emigración italiana es el texto del historiador económico E. SORI, *L'emigrazione italiana dall'Unità alla seconda guerra mondiale*, Bolonia, Il Mulino, 1979, que lamentablemente no se ocupa ni del éxodo pre-unitario ni de la nueva epopeya masiva posterior a la Segunda Guerra Mundial; de carácter más sociológico y acompañado con fuentes estadísticas, es el trabajo un poco precedente de G. ROSOLI (comp.), *Un secolo di emigrazione italiana: 1876-1976*, Roma, Cser, 1978; en el mismo año se publicaron dos misceláneas de ensayos y de documentos, respectivamente los volúmenes de F. ASSANTE (comp.), *Il movimento migratorio italiano dall'Unità ai giorni nostri*, Gèneve, Droz, 1978, 2 vol., y de Z. CIUFFOLETTI, M. DEGLI INNOCENTI, *L'emigrazione nella storia d'Italia, 1868-1975. Storia e documenti*, Florencia, Vallecchi, 1978, 2 vol.; un año antes había salido el volumen de E. FRANZINA, *La grande emigrazione*, Padua, Marsilio, 1977. Del mismo autor, pero limitado geográficamente, es el libro, *Gli Italiani al Nuovo Mondo. L'emigrazione italiana in America 1492-1942*, Milán, Mondadori, 1995.

Recuerda el autor que los italianos se dirigían a la Confederación para trabajar como albañiles en las obras privadas o en las grandes obras públicas: el túnel del Gottardo, las líneas ferroviarias, el túnel del Sempione; algunos campesinos y peones iban, en cambio, a cultivar las tierras abandonadas por los suizos del Cantón Ticino, emigrados en las Américas.

Afirma luego Einaudi que las *condiciones lastimosas* en que vivían estos trabajadores no dependían del bajo nivel de los salarios, porque en general *los emigrados italianos ganaban bastante bien*, sino del hecho que,

«... los italianos se han precipitado con tanta furia y en tan gran cantidad en los lugares donde esperaban encontrar trabajo, que se ha originado un cierto desequilibrio entre la demanda y la oferta de viviendas ...»⁴.

A continuación, recordando un breve texto de Emanuele Sella⁵, el futuro presidente de la República italiana comenta que,

«... él ha visto (Sella) un cuarto donde dormían desde 8 a 14 personas, dos por cama... La habitación era alta, 1,90 m., grande alrededor de 20 metros cuadrados... En la planta de arriba había una letrina. Las infiltraciones pasaban a través del tabique superior... El muro de la izquierda estaba cubierto de moho... El muro frente a la puerta se encontraba medio roto. La cal estaba cubierta por la humedad...» (*ob. cit.*, p. 8/9).

El economista liberal cita luego un opúsculo socialista (una fuente no sospechosa de alimentar prejuicios contra los obreros) que define algunas características físicas y morales de los italianos,

«... nuestros andrajos, nuestras costumbres de gente sin exigencias, de gitanos que se contentan de mordisquear

⁴ EINAUDI, L., «L'emigrazione temporanea italiana», *Nuova Antologia*, Roma, Fasc. 1.º de agosto, 1900.

⁵ SELLA, E., *Emigrazione italiana nella Svizzera*, Turín, Roux, Frassati & Co., 1899.

puerco salado, o peor, queso, o peor aún, cebolla y pan, que se adaptan a encerrarse de noche de tres en tres, de cuatro en cuatro, de diez en diez dentro de la misma pocilga, nos han procurado en el extranjero una triste fama» (*ob. cit.*, p. 13).

El mismo Einaudi confirma este juicio cuando sostiene,

«Se trata siempre de la misma actitud refractaria a las finuras y a las comodidades de la vida civil que en todo el mundo se alza como una barrera inabordable contra los obreros italianos. Ellos son apreciados y admirados como trabajadores; los empresarios compiten para utilizarlos; los obreros locales los miran con envidia; pero, pese a todo, son observados invariablemente con desconfianza porque les falta el sentimiento de dignidad de la propia persona, porque viven aislados en los barrios más inmundos de la ciudad...» (*ob. cit.*, p. 12).

Y concluye afirmando que, si bien el obrero italiano es naturalmente rebelde al asociacionismo, los emigrantes manifiestan un aparente espíritu asociativo,

«... reuniéndose ocho o diez en un solo cuarto donde, con la finalidad de ahorrar, duermen y comen todos juntos ... Es una forma embrional de cooperación pero es una cooperación que para nuestra desgracia va acompañada del hacinamiento excesivo en una sola habitación, de la escasa limpieza; y éste es otro de los motivos que inducen a los italianos a mantenerse alejados de los suizos y a conducir un tenor de vida vulgar e incivil...» (*ob. cit.*, p. 13).

En presencia de un bosquejo tan neto de la figura del inmigrado italiano tipo, ¿hubiera sido posible encontrar un propietario dispuesto a cederle en alquiler una vivienda decente?

Los testimonios que parten desde los Estados Unidos son básicamente análogos,

«Mientras no dejamos de admirar la resistencia, la laboriosidad y la sobriedad de nuestros inmigrados, nuestro amor propio nacional se siente ofendido viéndolos en to-

das partes en posiciones subalternas, efectuando trabajos humillantes y degradantes que los americanos y los inmigrantes precedentes no quieren hacer más...»

¿Cómo vivían?

«Internamente las casas presentan un espectáculo característico. Escaleras estrechas, poco aseadas, y generalmente oscuras; en casi todas partes encontramos el más malsano hacinamiento de hombres, mujeres y niños aglomerados en la promiscuidad y en el desorden... A menudo ocho, diez o más personas duermen en un solo cuarto, algunas de ellas enfermas de tisis o de otra afección contagiosa. En muchísimas habitaciones se llevan a cabo tareas insalubres... Dada la necesidad y también la costumbre de tener cerradas herméticamente las ventanas durante gran parte del año, es fácil imaginarse en qué atmósfera viciada se viva... La mayor parte de los italianos es tan pobre que no puede vivir en modo distinto de como vive, pero no pocos de ellos se aficionan a esos ambientes inmundos donde pueden hacer lo que quieren y los prefieren a otros mejores donde estarían sujetos a mil reglamentos y prohibiciones cuya utilidad no entienden. Además las autoridades se ocupan poco de los barrios italianos y todavía menos los propietarios de casas, las cuales, dado el gran hacinamiento, rinden un alto interés sobre el capital y requieren pocos gastos de manutención»⁶.

La vida dura de los emigrantes italianos en Buenos Aires, pero también su adaptabilidad, la testimonia Eugenio Troisi, enseñante, colaborador de la revista *Argentina Agrícola*, que escribía en 1908:

«... Hablo por aquellos italianos que munidos de un diploma técnico o de humanidades, llegan aquí, atiborrada la

⁶ VILLARI, L., *Gli Stati Uniti d'America e l'emigrazione italiana*, Milán, Fratelli Treves, 1912, pp. 218-220. Es necesario recordar que Luigi Villari era uno de los nacionalistas que impulsaban la conquista de Libia, para acceder a las colonias de directo dominio (ver su relación en *Il nazionalismo italiano. Atti del convegno di Firenze*, Florencia, 1911, pp. 178-194).

mente de quimeras y creen que pueden encontrar *ipso facto* un empleo o una ocupación cualquiera.

Hemos conocido abogados, agrónomos, ingenieros, reducidos a conductores de *tramway*, a porteros y camareros de hotel. En Buenos Aires, un conde napolitano trabajaba como peón del ferrocarril y un marqués como fogonero en los vapores de la marina. En Tucumán un noble de estirpe principesca cargaba las bolsas de azúcar en los ingenios y el hijo de un conocido hombre político era panadero...

He conocido profesores de latín que comían cada tres días y que para ganarse un pedazo de pan trabajaban como *comparsas* en los teatros populares, etc.

Naturalmente, existen los espíritus fuertes que, luchando, vencen, pasando por un aprendizaje doloroso Pero, ¿cuántos son aquéllos que, renunciando a los sueños, se adaptan a laborar de peón, de jornalero, de agricultor?

La mayor parte sucumbe en la lucha y lleva consigo su fracaso y su propia miseria, dañando el decoro de la patria, para terminar en un hospital...»⁷.

En el campo, por lo que se refiere a la vivienda, sabemos que,

«Los campesinos italianos, que trabajan en el campo argentino como arrendatarios, viven en chozas hechas de barro y paja, con un reducido número de habitaciones, pocas ventanas, escasa aireación; también en su tierra natal habían vivido en habitaciones que generalmente se encontraban en un estado deplorable, húmedas, mal construidas, sin aire ni luz suficientes»⁸.

La presencia y la actitud de los trabajadores italianos provocó conflictos, algunos de ellos gravísimos.

La abundancia de una mano de obra, que al mismo tiempo se adaptaba a vivir en condiciones intolerables pa-

⁷ Citado por LUPATI, C., *Argentini e Italiani al Plata osservati da una donna italiana*, Milán, Fratelli Treves, 1910, pp. 260-261.

⁸ SCARZANELLA, E., *Italiani d'Argentina. Storie di contadini, industriali e missionari italiani in Argentina, 1850-1912*, Padua, Marsilio, 1983, p. 109 y *Atti della Giunta per l'Inchiesta agraria e sulle condizioni della classe agricola*, vol. IV, Roma, Forzani, 1982, citado por Scarzanella.

ra los obreros locales, había provocado en Suiza, ilustra Einaudi, la disminución de los salarios entre el 30 y el 40 por 100 según las actividades.

A los asalariados suizos, penalizados por la inmigración italiana, Einaudi sugería que el mejor remedio,

«... no es el de adoptar medidas proteccionistas contra nuestros inmigrados, sino el de adaptarse lo más rápidamente posible a la transformación social, emigrando al exterior...» (*ob. cit.*, p. 10).

Pero Einaudi, consciente de la *aversión* de la población obrera local y de las protestas que la competencia de la mano de obra italiana genera en todas partes en la lucha contra la disminución de los salarios, aconsejaba a sus compatriotas de *hacer más difícil la repetición de hechos dolorosos como los de Aigues-Mortes, del Brasil y de Zurich*, y, por tanto, los exhortaba a tomar el ejemplo de «aquellos obreros italianos que son más inteligentes ... y están mejorándose o tienden a uniformar sus costumbres con las del pueblo civil en medio del cual se encuentran» (*ob. cit.*, p. 10/12).

En las sangrientas represalias como la de 1893 en Aigues-Mortes, en Francia, se encuentra la raíz de la actitud sumisa de los obreros italianos durante las huelgas destinadas a conseguir la disminución de las horas de trabajo y aumentos salariales. Los inmigrantes eran una presa fácil de los patrones: se declaraban disponibles a aceptar condiciones de trabajo y de alojamiento imposibles, rechazaban la sindicalización y estaban menos que escasamente politizados.

Los problemas de la vivienda y de las condiciones de trabajo están estrechamente ligados a la cuestión sanitaria.

Pasquale Villari⁹ lo ilustra citando las conclusiones de Antonio Stella, médico de origen meridional del New

⁹ VILLARI, P., *Scritti sulla emigrazione*, Bologna, Zanichelli, 1909, pp. 41-42.

York Hospital, quien sostenía que 4/5 de los italianos de New York,

«... vive miserablemente, haciendo todas las faenas más duras y humildes, con un salario de seis o siete liras al día, que bastaría apenas para vivir tolerablemente allí. Pero, para poder enviar dinero a casa, se someten a las más duras privaciones; se alimentan malísimamente; se alojan peor; a menudo tres o cuatro personas viven en una sola cámara, que alguna vez es tan oscura que se debe tener encendido el gas todo el día, o que ni siquiera tiene ventanas. En este modo han reconstruido en América las pocilgas del *Mezzogiorno*... Si se junta la naturaleza de las tareas que ejecutan, que se encuentran entre las más humildes y también las más nocivas para la salud... La consecuencia es que allí en la barriada italiana, la salud enseguida se arruina, y la anemia, la nefritis, la bronquitis, sobre todo la tuberculosis, hacen estragos...»¹⁰.

3.2. La criminalidad

Un aspecto esencial para la formación del juicio y del prejuicio hacia el inmigrado italiano se relaciona con su presunta propensión a la criminalidad.

Por lo que se refiere a América del Norte, Luigi Villari señalaba, muchos antes de que los delitos de mafia los lanzasen negativa y prepotentemente a la notoriedad, que

«Los italianos en los Estados Unidos no gozan de una buena reputación por lo que se refiere a la delincuencia. Popularmente son considerados como el elemento más propenso a los delitos de sangre en el país, y el público ignorante ve en cada italiano, especialmente si es siciliano, un mafioso, armado de “estilete”, perteneciente a la “mano negra” y probable homicida.

¹⁰ STELLA, A., «Condizioni igieniche e sanitarie nelle città del Nord America. Il deperimento della stirpe», en *Gl'Italiani negli Stati Uniti d'America*, Nuova York, 1906 y *La lotta contro la tubercolosi fra gli Italiani nella città di New York ed effetti dell'urbanesimo*, Roma, 1912.

La opinión pública americana acusa a nuestro gobierno de facilitar la emigración de delincuentes a los Estados Unidos para liberarse de ellos. Frecuentemente se publican estadísticas para demostrar que los italianos hacen una contribución a la delincuencia superior a la de cualquier otra raza.

En realidad —sostiene Villari— el número de homicidios cometidos por italianos, especialmente en ciertas grandes ciudades y en los centros mineros, es grande, y no pocos son los chantajes efectuados por medio de cartas amenazantes.

Es verdad que los italianos del sur en cierto modo están acostumbrados en su ámbito a algunas de estas prácticas, a los delitos de sangre, a los chantajes y a la protección que conceden los hombres políticos a los delincuentes; pero es verdad también que encuentran un ambiente muy propicio en América y que, al contrario, algunas formas de delito han sido introducidos en Italia por los emigrantes retornados. Se ha notado, por ejemplo, que mientras los inmigrados que, llegando desde Italia, se detienen en la Casa de los Italianos de New York, están algunas veces armados con navajas o arneses que pueden servir como armas pero tienen también usos lícitos; los que vienen del interior y pasan por allí para ser repatriados tienen, casi todos, revólveres fabricados en Chicago. Asimismo, los atentados con las bombas de dinamita han sido importados en Sicilia desde América junto a los calzados de Boston y a las máquinas Singer»¹¹.

Al respecto, Einaudi notaba otra manifestación negativa del espíritu de asociación, cuando

«... asume ciertas formas características, como ocurre cuando se embriagan los domingos y cantan y vociferan a gañote tendido todos juntos en las hosterías de los barrios populares de las ciudades suizas. Todo esto se encuentra en el origen de muchos problemas y sobre todo de la triste fama de *acuchilladores* que nos hemos ganado en una gran parte de Europa...» (*ob. cit.*, p. 13).

¹¹ VILLARI, L., *ob. cit.*, pp. 265-269.

Un delito feroz cometido por italianos hacia finales del siglo, conmovió negativamente a la opinión pública suiza y contribuyó a,

«... enraizar aún más en la convicción de todos la idea de que los italianos son un pueblo delincuente por excelencia. La opinión es en gran parte infundada. Los delitos cometidos por los Italianos son tal vez más emocionantes que los delitos cometidos por los suizos y acaso por este motivo atraen en mayor medida la atención pública...» (*ob. cit.*, p. 11).

4. ESTEREOTIPOS Y NACIONALISMOS

Es significativa la correspondencia desde Buenos Aires de Bevione, periodista de *La Stampa* de Turín, enviado especial de su periódico con ocasión de los festejos del centenario de la independencia argentina (1910). Este corresponsal ha dejado páginas indignadas, muy elocuentes, en lo que se refiere al papel que asumían y en qué modo eran considerados los italianos en el país sudamericano,

«Los italianos podrían y deberían ser todo en Argentina. Pero, por el contrario, no cuentan nada, como colectividad y como individuos; deben desarrollar sus energías en un ambiente de hostilidad sorda mas constante. Es tan inútil hacerse ilusiones como funesto es acallar la verdad y dejar que dure el engaño. La tan celebrada fraternidad ítaló-argentina no existe. De una parte, nuestra parte, prevalece la sumisión, la bondad, el amor por el trabajo, el respeto de la ley, la deferencia hacia las personas y las cosas del país, la profunda y febril aspiración de hacer fortuna, en la cual, lamentablemente, se consuma el afecto y el recuerdo de la patria lejana; de la otra parte, la parte argentina, se encuentra la condescendencia, un sentimiento instintivo e irrefrenable de superioridad, el desprecio no siempre celado, la injusticia frecuente y la real aversión a este elemento extranjero más numeroso, más vital, más fuerte, más necesario para el futuro de la República.

Para los *argentinos*, muchas veces hijos de italianos, nosotros los europeos somos una cosa que se encuentra entre el bárbaro y el decadente, que se acepta en nombre de la civilización y de la necesidad, y porque así lo prescribe la Constitución, pero que es imposible no juzgar inferior al modo como el ciudadano romano consideraba al extranjero de Galia o de Asia Menor, y el inglés moderno considera a la gente de color sobre la cual extiende su dominio colonial.

Esta curiosa imagen argentina se justifica ante la lógica indígena porque los representantes de los extranjeros han sido y son, en su mayor parte, los emisarios del exceso de población y de la miseria europea. El capital que llega desde Londres o desde París, de Bruselas o de Amsterdam se presenta en bultos celosamente protegidos y nadie lo ve; mas los hombres que arriban de Italia, de España, de Rusia, de Siria, están constantemente bajo los ojos de todos, mal vestidos, tímidos, resignados, encerrados en esa penosa expresión de humildad, que los pobres no pueden quitarse»¹².

Bevione fue uno de los militantes nacionalistas que auspiciaban la búsqueda del *espacio vital* en las *colonias de directo dominio*. Sus juicios sobre la emigración transoceánica se insertan al interior de la ardua polémica que se llevaba a cabo en Italia entre los sostenedores de las colonias culturales y quienes, como él, que pretendían las *colonias territoriales*. Sus artículos nos iluminan sobre el conflicto entre dos nacionalismos nacientes, el italiano y el del país de inmigración —en la génesis de los prejuicios, el nacionalismo asume un rol fundamental— y al mismo tiempo nos permiten observar que su hostilidad en la descripción de una situación real, contribuye indirectamente a amplificar el estereotipo negativo del inmigrante.

¹² BEVIONE, G., *L'Argentina*, Turín, Fratelli Bocca, 1911, pp. 138-139.

5. OBSERVACIONES COMPLEMENTARIAS

Llegamos al final de nuestro breve viaje alrededor de un aspecto del mundo de los emigrantes italianos en el extranjero, limitado en especial a los primeros años del siglo xx, una realidad que hemos recorrido guiados por investigadores atentos como era, entre otros, Luigi Einaudi.

Los textos propuestos han sido elegidos, nos parece útil reiterarlo, solamente entre aquéllos provenientes de estudiosos italianos. Son, en este caso, observadores italianos quienes subrayan (y, a menudo, agigantan, acentuándolos) los prejuicios y los estereotipos elaborados en el exterior (en Francia, en Suiza, en los Estados Unidos, etc.).

Hemos decidido reproducir de modo textual y sin comentarios la imagen que de los coterráneos emigrados tenían nuestros autores, con el propósito de no influir o «contaminar», con nuestras observaciones, las interpretaciones que todos pueden hacer libremente. No nos olvidemos, sin embargo, que los testimonios y las opiniones transcritas aquí deben ser insertadas en un amplio contexto histórico (cultural, social, político), al cual nos hemos referido brevemente en el texto y en las notas, pero en el que sería impropio profundizar aquí.

Pensamos, sin embargo, que los textos presentados son más significativos que cualquier comentario, sobre todo si se constata que, en ciertos casos, ofrecen sorprendentes analogías con algunas notas, interpretaciones y sueltos relativos a los inmigrantes extranjeros que leemos hoy en los periódicos europeos.

Además, somos conscientes de que las explicaciones que cada uno propondrá a las descripciones que ilustran el texto estarán necesariamente «viciadas» por nuestros propios conocimientos y experiencias como en cualquier otra materia. Pero especialmente en estos asuntos, estarán fuertemente influidas por los esquemas ideológicos que nos sean más cercanos.

Y si el actual debate europeo sobre la inmigración es una obvia manifestación del peso de las orientaciones políticas en el análisis de estos procesos, en la Italia de fines del siglo XIX y de comienzos del XX, liberales y nacionalistas, cuyos textos hemos transcrito, no hicieron otra cosa que confirmar en los juicios sobre la emigración y en su aproximación a los migrantes, las propias convicciones¹³.

Las interpretaciones de los fenómenos descritos, además de estar influidas por el esquema ideológico del observador, por esta misma razón se manifiestan instrumentales respecto al proyecto político y económico preferido por ser considerado el más adecuado en un determinado país y en una determinada coyuntura.

¹³ Liberales y nacionalistas eran, en ese entonces, los portadores de las más elaboradas tesis sobre la emigración. Los nacionalistas eran fervientes sostenedores de las conquistas territoriales porque, decían, éstas evitarían a las poblaciones «exuberantes» de la península itálica la humillación de buscar trabajo y pan en la casa de otros. La corriente liberal interesada en el problema sugería, por el contrario, un modelo de expansión italiana a través de las «colonias culturales».

En las fases iniciales del debate en Italia, faltan las voces católicas, la de los anarquistas y la de los socialistas.

Los primeros, como se sabe, por un largo periodo de tiempo quedaron fuera del mundo político por la cláusula del *non expedit* de Pío IX y por las condenas de León XIII. Si bien los católicos se encontraban más o menos en todas las formaciones políticas, solamente más tarde han desarrollado un papel autónomo muy importante en la cuestión de la emigración.

Los anarquistas no se insertaron en el debate en curso entre los últimos años del XIX y los primeros del XX; lejos de Italia, desarrollaron en algunos de los países de arriba, con sentido pragmático, actividades preferentemente ligadas a la organización de una embrional clase obrera.

Por lo que se refiere a los socialistas, su interpretación de los procesos migratorios fue muy contrastada en los países de llegada. El más famoso de ellos que se acercó al problema ha sido el criminólogo y parlamentario Enrico Ferri cuyos viajes «literarios», que le rendían conspicuos beneficios, terminaron por hacerlo litigar con los trabajadores italianos en el exterior y con los dirigentes políticos y sindicales socialistas extranjeros.

Los liberales italianos, con algunas diferenciaciones, sostenían que los movimientos de las personas, entre los cuales los desplazamientos hacia otras latitudes, no debían ser obstaculizados y ni siquiera vigilados.

Consideraban, comúnmente, que el recuerdo y los testimonios de la historia artística y cultural de la patria lejana serían un vehículo idóneo para mantener vivo en los emigrados el sentido de pertenencia a la comunidad nacional. Anteponían este objetivo al otro, patrimonio de los nacionalistas: la conquista de «colonias territoriales», considerado excesivamente oneroso por los liberales.

Algunos de los exponentes liberales osaban sostener que también Italia, como otras potencias más ricas, debería promover una penetración económica en los países de inmigración, siempre en un sistema de libre intercambio, teniendo en cuenta en primer lugar las necesidades y las costumbres, incluso gastronómicas, de los italianos expatriados.

En substancia, los liberales auspiciaban una expansión, al máximo, de las «colonias culturales» (y/o económicas), como decíamos antes, en los países hacia los cuales se dirigían los emigrantes¹⁴.

Estos propósitos, empero, chocaban y se contraponían al proyecto de las élites de los países de inmigración que se proponían asimilar, más bien que integrar, a los nuevos llegados.

Un ejemplo es el caso de Argentina, cuya población llegó a estar constituida por más del 40 por 100 de extranjeros, de los cuales casi tres cuartos eran italianos. La clase

¹⁴ En el prefacio-dedicatoria del conocido libro de Luigi Einaudi sobre el empresario Enrico dell'Acqua, el autor escribe que la intención del volumen es: «...delinear los tipos superiores de la emigración italiana y describir la obra de un *Príncipe mercante*, encarnación viva de las cualidades intelectuales y organizadoras destinadas a transformar la “pequeña Italia” actual en una futura “gran Italia”, y, con este augurio envía ...un saludo a la renovada grandeza italiana...», en EINAUDI, L., *Un príncipe mercante. Studio sulla espansione coloniale italiana*, Turin, Fratelli Bocca, 1900, p. VII.

dirigente local, alarmada por las consecuencias del mecanismo que ella misma había generado, puso en marcha el diseño de adjudicar una identidad nacional a la población nativa e inmigrada y, para «inventarla»¹⁵, entre otros ingredientes, en el 1896 se tomó la decisión de instituir el «día de la raza», que aludía al origen hispano del país. Esta decisión fue considerada una verdadera humillación por las otras comunidades lingüísticas, la italiana en primer lugar. En esta ansia de búsqueda de la identidad se inserta, también, la temporánea oposición a la propuesta de erigir monumentos a Mazzini y a Garibaldi¹⁶.

Téngase presente, asimismo, que los sectores dirigentes de los países de inmigración trataban de atraer mano de obra abundante y, por tanto, barata, y los inmigrantes no solamente contribuían a disminuir los salarios, sino que también quitaban trabajo tanto a los nativos como a los in-

¹⁵ Cfr. BARBÉ, C.; OLIVIERI, M.; *L'identità di una nazione*, Turin, Il Segnalibro, 1990.

¹⁶ La escuela es un vehículo fundamental y un canal privilegiado en los procesos de inserción y de «construcción» de nuevos ciudadanos, pero puede contribuir también a ampliar estereotipos y prejuicios. Los países de vieja inmigración (y/o de colonización) tuvieron, en general, dos tipos de actitud: *a*) algunos tendían a suprimir la cuestión, dejando en las manos de las colectividades étnicas la gestión privada de la instrucción; *b*) otros, impusieron un riguroso sistema educativo «nacionalizante». Un ejemplo de esta última postura es la política educativa, victoriosa en su momento, destinada a «argentinar» a los hijos de los inmigrantes, introducida en las escuelas a partir de 1908, que integraba otras disposiciones ya precedentemente en vigor, usuales también en los Estados Unidos, entre ellas: la exposición de los emblemas nacionales, el izar y arriar la bandera diariamente, las celebraciones oficiales de las fiestas patrias, la difusión de las canciones patrióticas, etc.

El proyecto de 1908 se ocupó, sobre todo, del programa de educación cívica que adquiriría casi la forma de un catecismo laico (o patriótico) y recitaba:

Maestro: ¿Cuáles son los deberes de un buen ciudadano?

Alumno: El primero, amar la patria.

Maestro: ¿Antes que a los padres?

Alumno: ¡Antes que nada!

migrados precedentes. A causa de los estereotipos ligados a su adaptabilidad, humildad, frugalidad, cualidades muy apreciadas por los empleadores, los italianos especialmente fueron rechazados, incluso violentamente, por los otros trabajadores los cuales individualizaban la mayor parte de los esquirols entre los nuevos arribados, en general anal-fabetos¹⁷.

Vistas desde una óptica nacional, las migraciones evocan explicaciones doblemente instrumentales porque implican un choque entre dos puntos de partida convergentes y al mismo tiempo discrepantes: los nacionalistas italianos (Bevione, Villari, etc.) de una parte, y de la otra los nacionalistas de los países de inmigración. A menudo, estos intereses contrapuestos pueden contribuir a acentuar los estereotipos¹⁸.

Aflora muchas veces, junto al nacionalismo político, un nacionalismo cultural que se propone despertar el orgullo patriótico. Si los emigrados «perjudican el decoro de la nación», es el prestigio de todos los italianos que se debilita¹⁹.

Cuando Luigi Villari en 1912 describe las penosas condiciones de vida de la gran parte de los inmigrados italianos en los Estados Unidos, introduce elementos manifiestamente subjetivos en su interpretación: en el fondo, él piensa, los inmigrados se habrían acostumbrado «a aquellos ambientes nauseabundos» e, inclusive, los habrían preferido «a otros mejores» donde hubieran estado some-

¹⁷ De aspectos actuales de la emigración italiana nos hemos ocupado en un reciente trabajo: OLIVIERI, M., «Italiani all'estero, Fratelli d'Italia?», en *Gli emigrati e la bandiera. La questione italiana*, Roma, Edizioni Lavoro, 1999.

¹⁸ Valga como ejemplo el nacionalismo que en Argentina, a partir del 1880, estuvo en la base de algunas reacciones xenófobas contra el denominado despectivamente «aluvión inmigratorio» y que provocó una cierta paranoia cultural.

¹⁹ Mussolini, por ejemplo, substituyó el término emigrante con el título más patriótico de «italiano all'estero» (*italiano en el exterior*) y trató de acreditar la teoría según la cual éstos representaban la energía de un pueblo joven, destinado a civilizar el mundo.

tidos a miles de reglamentos y prohibiciones «cuya utilidad no comprenden». Vivir en ambientes fétidos, en suma, no habría sido una constricción de su condición económica, sino una consecuencia de factores culturales más profundos, que el autor introduce indirectamente, entre ellos la incapacidad de someterse a normas de convivencia civil. Son las mismas objeciones que, ochenta años después «sin propósitos racistas», se utilizan para rechazar a los marroquíes.

Otro aspecto común en todos los procesos migratorios es la generalizada sinonimia entre inmigrado y delincuente. De hecho, los inmigrados aparecen frecuentemente en las estadísticas policiales porque, siendo diversos, están más sujetos a controles. Si Antonio Dellepiane, sociólogo argentino, profesor universitario, descendiente de italianos, anunciando su investigación sobre el suicidio en los primeros años del siglo xx, observaba que la pésima reputación de los italianos «... es casi axiomática entre nosotros, muy injustamente, por cierto...»²⁰, es también verdad que el prestigio relativo de una comunidad inmigrada decrece en la medida en que aumenta el número de sus componentes.

En nuestro trabajo hemos tratado de reflexionar con el lector respecto a los juicios y prejuicios que acompañaban entonces (y todavía persisten) al menos una parte de los movimientos de las personas. En este punto nos preguntamos, ¿cómo es que las víctimas de los prejuicios negativos son casi exclusivamente, tanto ayer como hoy, aquéllos que se encuentran en los estratos más bajos de la escala social, se trate de compatriotas o extranjeros?

Una respuesta podría ser que en la construcción de los estereotipos y de los prejuicios, la condición social, las situaciones de pobreza o de miseria, prevalecen sobre la habitual imagen del rechazo o temor del extranjero en cuanto diverso.

²⁰ DELLEPIANE, A., *Estudios de filosofía jurídica y social*, Buenos Aires, 1907.

Hay en Brasil un aforismo popular —pero, quizá, está difundido también en otros contextos— que sentencia perentoriamente: «un blanco pobre es un negro; un negro rico es un blanco».